

# Enrique IV

| ★★★ | Autor: L. Pirandello. Adaptación: Enrique Llovet. Director: José Sancho. Escenografía e iluminación: Paco Azorín. Vestuario: Pascual Peris. Intérpretes: José Sancho, Sergio Caballero, Alejandro Tormo, Manuel Ochoa, Paco Trenzano, Juansa Lloret, Manuel Minaya, Pep Banyuls, Joan Carles Roselló, Pepa Juan y Erika García — T. Bellas Artes. Madrid

## Máscara y locura

### JUAN IGNACIO GARCÍA GARZÓN

José Sancho ha entendido muy bien el complejo juego de espejos y máscaras que rige el comportamiento del Enrique IV dibujado por Pirandello: un hombre que finge ser un loco que encarna a un personaje y se ríe del mundo mientras ejerce con cínica suficiencia el poder omnímodo de la locura sobre quienes le rodean, que le temen, quizás le compadecen y creen a veces reírse de él. Reviso la crítica que en febrero de 2002 escribí sobre el espectáculo de José Tamayo que ha servido de falsilla a Sancho para dirigir este montaje y tengo la certeza de que el estupendo actor que ya entonces era ha crecido considerablemente e imprime ahora más sabios matices al personaje, tan feroz como entonces, pero más sinuoso, hondo, exigente, irónico, desencantado y visionario, mucho más pirandelliano en suma. La representación gira en torno a él. Un gran trabajo.

«Enrique IV» es una pieza que refleja las preocupaciones de su autor sobre la psicología de los personajes, las máscaras que los definen y la delgada membrana entre locura y cordura. Pirandello profundiza en sus obsesiones metateatrales con gran finura al ocuparse de un hombre que ha hecho de su vida una representación: se cree Enrique IV de Alemania y vive instalado en un siglo XI de estilizada ficción carnavalesca—se dio un golpe veinte años atrás en una fiesta de disfraces— al que debe acompasarse la corte de quienes lo rodean. Un loco cuyas razones ocultas se nos van gradualmente descubriendo sobre un fondo de grandeza trágica, pues resulta ser un fingidor sarcástico que prefiere la seguridad de la farsa controlada antes que la acuciante inseguridad del mundo digamos real, en el que ha sido traicionado y por el que profesa un sordo rencor.

Si los tonos que imperaban en el montaje de Tamayo eran oscuros, la escenografía de Paco Azorín encierra una estructura múltiple de ominosos tonos rojizos en una gran caja blanca almohadillada como las paredes de la habitación de un psiquiátrico, una propuesta que subraya el sentido de la obra; los figurines de Peris optan por una atractiva estética renacentista alternada con modelos de los años 20 del pasado siglo. Por lo demás y pese a alguna caída en lo estatuario, Sancho sale airoso de su reto en la dirección y consigue un espectáculo con momentos muy bellos.